

Recuerdo de un novelista sudamericano

Lo conocí en el Hotel Suescún de Sogamoso. Envuelto en su ruana y el whisky en la mano. El corro de amigos no departía tanto con el escritor como con el alcalde de Tipacoque, alerta a los entresijos locales.

Años más tarde Álvaro Mutis me habló de la maldad de los cojos, pero este primer recuerdo se conserva grato e intacto. De vacaciones con mis padres, era quizá el primer escritor que conocía de cerca. Con quien a lo mejor intercambié algunas palabras.

Lo primero que leí suyo no fueron sus novelas, sobre ese ya mítico feudo de Tipacoque y sus campesinos leales, con nombres como Siervo Joya, sino volúmenes también cercanos a su alma que aún hoy se sostienen sin desfallecimientos: *Ancha es Castilla* y las *Memorias infantiles*. Se trataba de libros deliciosos, en buena prosa, con mendigos que eran hidalgos o tribus de primos correteando por los patios de viejas casonas bogotanas.

Amaba España y la había recorrido de cabo a rabo, estudiándola, compenetrándose con sus clásicos y con la humanidad escueta y brutal de sus personajes, de reyes a pícaros, de putas a frailes. Algo de taciturno y gruñón se le había contagiado, pero sus devociones eran límpidas y conscientes, y arrancaban de un Quijote que conocía mejor que nadie.

Helena Araújo razonó luego, en un ensayo aparecido en Eco, que su patria no era Tipacoque sino Castilla, aislado en su soledad de señor feudal, pero esos dos reinos, en la fusión del idioma, daban buenos frutos. El desastre de una novela parisina como *El buen salvaje* corrobora lo anterior.

Era un liberal colombiano, unido de modo inexorable a la más rancia oligarquía bogotana, que, como novelista, buscaba liberarse de esa polvorienta carga, yéndose a respirar los aires de Boyacá. Sólo que allí lo aguardaban la violencia partidista y

la intolerancia religiosa, además de una pobreza afrentosa.

Por ello, en tantas ocasiones, se retraía y miraba al pasado, fascinado con esos hombres de fierro que nos conquistaron pero también siendo fiel a la intuición fulgurante con que Simón Bolívar nos había abierto los ojos, sin remilgos ni suaves modales. El fracaso de Bolívar aún contaminaba sus sueños y por ello no vaciló en adherirse a movimientos de derecha, patrocinados por Eduardo Carranza, o proclamarse, sin más, anarquista, traidor a cualquier causa.

Era un escritor, no hay duda, pero fue también un periodista, por años, condenado a repetirse en tópicos insulsos, en la suciedad insidiosa de la omnipresente política. Si su hermano, Klim, recurría a los latigazos del humor urticante, con apodos y gracejos de colegial, él se amargó en un escepticismo desencantado. Sin embargo, era generoso y creía en el arte y en la creatividad de sus colegas, como lo atestiguan tantas notas justas sobre figuras como Germán Arciniegas, Ignacio Gómez Jaramillo o Sofía Urrutia. La fundación en Madrid de la Editorial Guadarrama y sus cuentos para niños donde Santa Teresa de Ávila, Isabel la Católica y el corneta llanero se hacen próximos y cálidos.

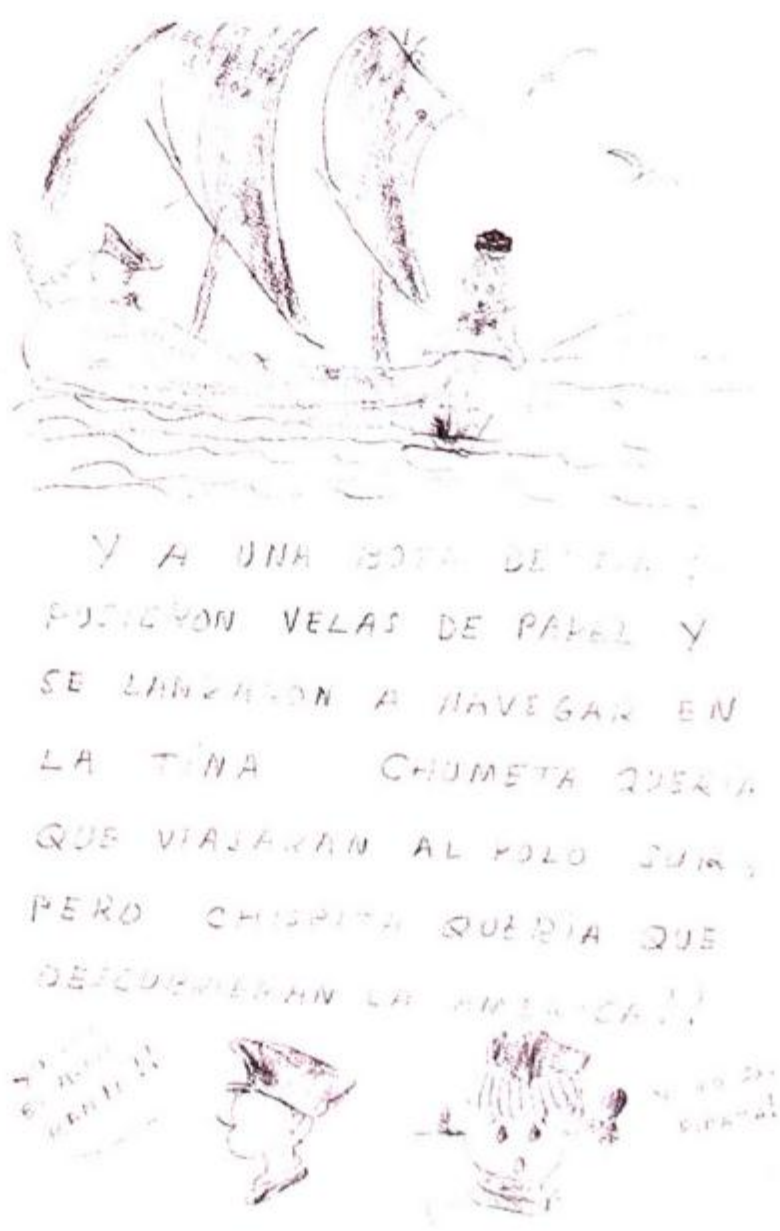
Sin embargo, sus ficciones parecen permanecer aisladas en ese nicho de un mundo campesino que agoniza por siglos, dentro del infinito conservatismo de la vida colombiana, y al cual ya sólo iluminan el relampagueo de los machetes, el fogonazo de la emboscada, el incendio de las chozas de bahareque y paja. La violencia, en definitiva, motivo de tesis sociológica, y en donde el joven cura enfrenta no sólo los dilemas del cacique y el policía, en pueblos desahuciados, sino también los terrores de su propia alma.

Sólo que la carga de compromiso y denuncia que animaba a toda esta narrativa, de Rómulo Gallegos a Jorge Icaza, perdió toda su capacidad estética y revulsiva cuando aparecieron al comenzar la década de los cincuenta dos muy delgados libros: *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*.

Todos estaban muertos: todos eran fantasmas. El paisaje: un escenario apenas para que sombras y aparecidos se deslizaran como rencores vivos. Algo, por cierto, que ya en 1944 Caballero Calderón había previsto en su libro *Sudamérica, tierra del hombre*:

Detrás del alma del sudamericano, de sus ciudades y sus pueblos, está siempre el paisaje. No se trata de una mera ficción literaria, aun cuando la literatura tan pobre e insignificante de este continente demuestra hasta que punto el espíritu del sudamericano está impregnado por la geografía. En novelas y poemas como La vorágine, María, Doña Bárbara, El infierno verde, La planicie amazónica, Jubiabá, Don Segundo Sombra, Martín Fierro, etc., el ámbito asfixia al personaje del mismo modo que las selvas enmarañadas, las pampas inmensas y las cordilleras de metal aplastan la pequeñez del hombre. [pág. 185]

Juan Rulfo no pudo escribir nada más: había dicho todo. Eduardo Caballero Calderón, después de *El cristo de espaldas* (1952) y *Siervo sin tierra* (1954) intentó el viraje, den-



tro de la senda abierta por Rulfo. Ese *Manuel Pacho* (1962) que como dice José Luis Díaz Granados, es

Una bestia moral, fruto del incesto de padre e hija, tarado e inarticulado, quien durante tres noches y dos días lleva auestas el cadáver putrefacto del progenitor, hasta su sepultura en Orocué.

Ese cadáver de la vieja narrativa de la tierra pesaba demasiado sobre sus hombros, agobiados ya por tantas páginas. Incluso las páginas de *Sudamérica, tierra del hombre*, donde el narrador preocupado por los conflictos rurales se ha convertido en viajero lúcido e informado por las ciudades latinoamericanas. Allí de Manaos a Cuzco, de Lima a Cartagena de Indias, de Santiago a Buenos Aires, de Río a São Paulo estaba el horizonte virgen que su ficción nunca trataría de cerca. Ni siquiera esa Bogotá, que le era tan próxima, y que pinta cauta y desconfiada, “llena todavía de timideces aldeanas”. Que cultiva su espíritu y lee los clásicos, y que es “profunda y honradamente democrática” (pág. 116).



Una caracterización desacertada, que corresponde más bien al ideal retórico de la Atenas Sudamericana, pero muy lejana, por cierto, de esa utopía, como se lo recordaría, con saqueos y llamas, el 9 de abril de 1948.

Los suramericanos realmente no valemos mucho, pero Suramérica es el más bello y sugestivo de los continentes y el más cargado de porvenir (pág. 10).

La trampa de la esperanza, de los futuros que nos abren los brazos. Todos ellos estaban por cierto muy

lejanos. No era una tierra de promisión sino una tierra yerma donde se pudrían todos los ideales.

Gabriel García Márquez, en cambio, sí encontró en *Pedro Páramo* (1955) lo que buscaba:

En el comienzo del amanecer, el día va dándose vuelta a pausas; casi se oyen los goznes de la tierra que giran enmohecidos, la vibración de esta tierra vieja que vuelve a su oscuridad.

—¿Verdad que la noche está llena de pecados, Justina?

La tierra era vieja y se desgastaba, sin remedio. Rechinaba, incluso, mientras el pecado subsistía incluso mucho más allá de la muerte. También allí, en *Pedro Páramo*, García Márquez hallaría el tono necesario para poner a andar *Cien años de soledad*:

El padre Rentería se acordaría muchos años después de la noche en que la dureza de su cama lo tuvo despierto y después lo obligó a salir. Fue la noche en que murió Miguel Páramo.

Muerte y más muerte. Por ello quizá el silencio narrativo de Caballero Calderón, después de *Manuel Pacho* y la insignificancia de sus últimos textos es digno y honrado. Su mundo, no hay duda, había desaparecido devorado por lo que en la ficción representaban *Pedro Páramo* y *Cien años de soledad*. No la ciudad o el campo sino apenas el alma de un ser que no era ni indio, ni blanco ni negro, ni criollo o mulato, sino apenas una figura imaginaria. Un ente de ficción. Una construcción de palabras. ¿Se lo tragó la tierra? No. Apenas su propio mundo, endeble y esquemático. Ese Bogotá vacío y letal del cual nunca pudo desprenderse del todo, asesinandolo en una ficción implacable. Como lo ha intentado, por cierto, su hijo Antonio Caballero con *Sin remedio*: ese horror que intenta volverse poema, también en vano.

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

Cronología de Eduardo Caballero Calderón

1910

Nace el 6 de marzo en Bogotá.

1917

Entra a estudiar al Gimnasio Moderno.

1927

Funda la revista *El Aguilucho*. Publica su primera nota en *El Espectador*.

1928-1930

Estudia Derecho en el Externado de Colombia.

1933-1935

Diputado a la Asamblea de Boyacá.

1934

Jefe del departamento de información y prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores. Colaborador de *El Espectador*.

1936

Caminos subterráneos. Columnista del periódico *La Razón*. *Apuntes sobre la conspiración de septiembre* en la Antología de periodistas, Biblioteca Aldeana, núm. 70.

1937-1938

Corresponsal de *El Tiempo* en Suramérica.

1939

Se casa con Isabel Holguín Dávila.

1939-1941

Secretario de la Embajada de Colombia en Lima.

1940

Tipacoque, estampas de provincia.

1941

Corresponsal de *El Tiempo* en la Argentina.